

olwen

Fanzine de relatos de todos los géneros

Sumario

Cuento: *Jorgito*, Gastón farro.

Cuento: *Tres Vías*, Sergio Bayona.

Cuento: *Wood'stown*, Alphonse Daudet.

Artículo: *La Sierra de la Plata y el Rey Blanco*,
Martín Cagliani.

Sección Lírica: Baudelaire, Susana Duré.

Nº 18, Año 1

Septiembre 2002

Distribución libre y gratuita

contacto

E-Mail Director:
mcagliani@sinectis.com.ar
Mail Golwen: golwen@elistas.net
Todos los números atrasados de Golwen se pueden conseguir en:
<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>
Dirección Web de la Lista Mail de Golwen:
<http://www.elistas.net/lista/golwen>
Para suscribirse a la lista Golwen enviar un mensaje en blanco a: golwen-alta@elistas.net y esperar el mensaje de confirmación.
Foro: <http://members.lycos.co.uk/mcagliani/foro/>
Se aceptan colaboraciones
Nº de Suscriptores: 158
Director Propietario: Martín Cagliani
Ilustraciones: Evangelina «Elwen» Ledesma Bussoli
Revisor: Miguel Cagliani
Colaboradores: Susana Duré

indice

Cuentos:	
Jorgito, <i>Gastón Farro</i>	3
Tres vías, <i>Sergio Bayona</i>	9
Clásicos:	
Wood'stown, <i>Alphonse Daudet</i>	11
Artículos:	
La Sierra de la Plata y el Rey Blanco, <i>Martín Cagliani</i>	14
Lírica:	
Baudelaire, <i>Susana Duré.</i>	16

Golwen es una revista de aficionados (Fanzine) editada sin ánimo de lucro y con fines de difusión cultural. Se distribuye libre y gratuitamente por correo electrónico.

Aviso Legal

Todos los relatos e ilustraciones, críticas o comentarios, así como cualquier contenido no especificado aquí, conservan todos los derechos asociados al Copyright del autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en **Golwen**. Si se desea reproducir parte del contenido de Golwen es obligatorio solicitar permiso al autor.

Los derechos sobre el conjunto de **Golwen** son de **Martín Cagliani**, y cualquier manipulación o venta está prohibida. Se autoriza, no obstante, la copia y redistribución de este material siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido.

Revista de aparición quincenal. Todos los artículos, relatos, ilustraciones y contenidos publicados en **Golwen** conservan el nombre de su autor, que es el único propietario y responsable de lo escrito o publicado. **Golwen** no se responsabiliza del mal uso ni de las opiniones vertidas en esta revista. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya y sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo dueño.

editorial

Hola Lectores

En este número les presento a dos nuevos colaboradores, Gastón y Sergio, con dos buenos cuentos. Para el de Gastón los no afectos a las emociones fuertes abstenerse; el de Sergio es una interesante historia de vida.

En los clásicos publiqué un cuento del francés Alphonse Daudet, sobre un bosque muy especial.

Sigo con los artículos sobre leyendas de la época de la conquista española. Recuerden que si quieren mandar artículos, leyendas, reseña, cuentos, etc. Serán bien recibidos. :)

Martín Cagliani



Jorgito

por Gastón FARRO

¡Sabes que linda que era la casa! Era enorme, y claro, tenía que albergar a siete personas... bah, ocho, pero del último no supe nada hasta que cumplí los quince años.

Era otra época; nunca nos iba a pasar de encontrar una hormiga en el azúcar o un agujero en los azulejos de la cocina. Vivíamos mejor de lo que te puedo contar, rodeados de lujos, comodidades, gente que nos hacía la comida, las camas; éramos como dos animales en un zoológico mamá y yo, pero su jaula era mucho más oscura y cerrada que la mía. Papá trabajaba todo el día y a la noche tenía sus otros asuntos, mientras que ella se la pasaba sentada mirando las paredes como esperando que se abrieran y apareciera la mano que me iba a agarrar de los hombros para llevarme lejos de él.

Papá trabajaba en algo relacionado con la política y eso le tomaba mucho tiempo, pero cuando podía se hacía un rato para pasar conmigo, como cuando me enseñó a nadar (en la pileta que teníamos atrás de la casa, pasando el jardín). Yo tenía cuatro años el día que me dejé flotando sobre tres metros de agua y me dijo: “Dale, alcanzame”. No tuve miedo porque su mirada me tranquilizaba, de la misma manera que lo había hecho durante mis primeros años de escuela. Mamá nunca estaba con nosotros en la pileta; éramos papá, yo y los muchachos, que eran sus ayudantes: Carlos, Peter y el Gordo.

—Metete —le dije a mamá un día que pasaba por el jardín cuidándose de no mirar, pero no me respondió.

—No te preocupes, pibe —me explicó Carlos desde la otra punta de la pileta y sonriendo como si se acabase de comer una paella—, la señora es así, no nos quiere mucho.

Papá era de esa gente a la que no le gus-

taba hablar sobre sí misma, por eso era que ni mamá ni yo sabíamos mucho sobre su familia o sobre la identidad de la jovencita que se veía en el portarretratos que había sobre su mesita de luz.

Mucho se hablaba en los diarios políticos sobre el carácter violento y vengativo de papá, pero yo jamás había tenido pruebas sobre eso hasta que...

Bueno, como ya te dije, un día cumplí quince años, y mi vida había cambiado mucho para esa época. A mis ojos me había convertido en un hombre hecho y derecho. Ya no me resignaba a escuchar los discos de Frank Sinatra que sonaban todos los días en la casita del fondo, que estaba mas allá de la pileta, donde vivían los muchachos y que era donde papá pasaba todas las noches. Había adoptado para mí lo que en ese momento bauticé como *mi música* o, como lo llamaban los muchachos: *esos roqueros de porquería que escucha el pibe*. Me ponía la ropa que me gustaba, no la que me recomendaban, y hasta (tal vez para molestar) había empezado a fumar a escondidas. Estaba en esa época en que los chicos no queremos que los padres nos digan nada.

El día de mi cumpleaños, en contra de mis deseos, fuimos a comer a un restaurant carísimo. Yo lo odiaba porque, sabía que era el verdadero zoológico, en donde la gente nos podía ver y nos alimentaba con un montón de insultos que papá acaparaba por completo para hacerlos desaparecer detrás de su soberbia sonrisa, que me hacía pensar que tenía que haber algún motivo para que nos los tiraran. Nos sentaron en la mesa más escondida, que no era para nada la menos cómoda. Estaban todos: Carlos, Peter, el Gordo, papá y, al lado mío, y siempre pensativa y triste, mamá.

Después de que trajeran la torta, que fue un momento casi ridículo, empezaron a llegar otras personas, todas con regalos y saludos llenos de sonrisas y máscaras de decencia que me daban ganas de vomitar, y ahí fue cuando decidí que no lo soportaba más. Mamá me mandó a casa con un chofer que me dejó en la puerta y se fue a esperarlos a ellos. Fui hasta la casita del fondo y, cuando recordé que la mucama estaba de vacaciones, me di cuenta de que era la primera vez que me quedaba solo. Me recosté sobre la mesa de pool a fumar un cigarrillo y debe haber pasado una hora. Me dormí y me desperté con un grito que venía desde abajo (yo no sabía que había un sótano en la casa chica). La voz pedía agua, y aunque sonaba desesperado, no dejaba de tener un aire de resignación, como el de quien exige lo que merece pero con un poco de vergüenza.

Me asusté, claro que me asusté, imagínate que estaba seguro de que estaba solo. Por eso me fui corriendo a mi habitación, crucé el jardín tapándome los oídos y cuando por fin estuve sentado en mi cama, puse música y me acurrugué tratando de no llorar.

¿Sabés que hice al otro día? Le conté lo del grito a mamá. Te lo digo medio inseguro y parece que estuviera necesitando tu aprobación, lo cual es raro porque las cosas pasaron como pasaron y ya está. La verdad es que estoy tratando de que entiendas cómo me sentía porque te quiero preparar para lo que te voy a contar mas adelante. Te estarás preguntando qué me respondió, me dijo: *“A mi no me preguntes, esas son cosas de tu padre”*. No podía creer la indiferencia, sin embargo siempre me pareció que lo que hizo fue darme un empujón para que lo investigara yo mismo, para que descubriera y entendiera finalmente su preocupación y el por qué de su esperanza de la llegada de esa mano que “abría las paredes”.

Mira lo que son las casualidades que esa misma noche, gracias a una buena (o tal vez mala) jugada del destino, volví a quedarme solo. Por supuesto, apenas se fueron todos, fui para la casa chica caminando muy despacio, como si me acercara a un edificio en llamas. Encontré la

escalerita que iba al sótano más rápido de lo que hubiese querido pero, ignorando mi miedo que era sólo superado por mi curiosidad, bajé los escalones con la linterna temblándome en la mano. Era una habitación chiquita, y en el medio, había un tipo atado a una silla. Tenía los ojos tapados con una venda y la boca con una cinta. Estaba dormido, lo se porque la cabeza le colgaba para adelante y le salía un ruido de la nariz cada vez que respiraba.

Estaba todo lleno de sangre, tenía la ropa destruida y olía a podrido. Por un momento pensé que estaba muerto, pero como ya te dije, lo escuchaba respirar. Caminé a su alrededor. Tenía la parte de atrás de la cabeza rapada y, en el cuero cabelludo, la palabra *“Malena”* escrita con su propia sangre, supongo que con un cuchillo o algo filoso. Las manos estaban esposadas atrás. Estaba descalzo y los dedos de los pies... parecía como si hubiesen sido martillados. Me agarró un dolor en la panza que no te puedo explicar. No se si tenía miedo porque estaba como hipnotizado, no podía dejar de mirar las cicatrices que tenía en las piernas y tampoco podía dejar de imaginar el... dolor...

Todo lo que estaba pensando y sintiendo se desvaneció y me llené de miedo cuando escuché la voz de papá que venía bajando la escalerita con los muchachos. Apagué la linterna y me puse atrás de una columna rezando para que no me vieran. Alguien prendió una luz y el largo tubo de vidrio que había en el techo, que era algo bajo, comenzó a titilar durante un período casi demasiado largo antes de iluminar la habitación.

—¡Jorgito, despertate Jorgito! —dijo Carlos en la oreja al tipo de la silla mientras tiraba un poco de desodorante por todos lados.

Papá se sacó el saco y se lo dio a Peter que lo dejó por ahí junto con el suyo y la campera del Gordo. Después, mientras se arremangaba la camisa, habló y parecía cansado pero indiferente a lo que preguntaba.

—¿Y?

—Y, no se —dijo el Gordo que estaba arrodillado abriendo una valija—, yo andaba con ganas de las rodillas.

—¿Las rodillas? Pero... —intervino Carlos y fue interrumpido.

—¿Qué?

—No, nada, es que pensé que hoy... lo que pasa es que pensé que hoy le tocaba a las orejas.

Papá y el Gordo se miraron y después hicieron un gesto como de aprobación que parecía ensayado.

—¡Jorgito! —gritó Carlos de repente y Jorgito se despertó. Enseguida se puso a llorar y trató de hablar pero no se entendía nada de lo que decía, y parece que a nadie le importaba porque la cinta que le tapaba la boca siguió en el mismo lugar empujándole las palabras de nuevo hacia adentro para que se las tragara.

—¿Cómo andas, Jorgito? Hoy no te salvas, tarde pero seguro, viste —el que hablaba era Carlos y yo lo escuchaba como si lo viera por televisión pero sin dejar de mirar a papá que se ponía unos guantes negros y le contaba un chiste al Gordo. Ya lo conocía, yo se lo había contado.

—...y le dije “¿Entonces para qué me preguntás?” —terminó papá y el gordo sonrió. El gordo era así, no hablaba mucho y apenas se reía, pero parecía una persona muy simpática, al menos más que Carlos que, mientras afilaba un cuchillo, se reía solo.

—Bueno, Jorgito —dijo papá apoyándole la mano en el hombro. El hombre atado lo miró con una mezcla de suplica y odio—. ¿A vos qué te parece? ¿Izquierda o derecha?

La mirada del hombre divagó un poco pero enseguida se dirigió a los ojos de papá que sonrió, pero yo conocía esa sonrisa, significaba que estaba irritado.

—Bueno —dijo entonces metiendo la mano en el bolsillo de su pantalón— si no quieres elegir vamos a tener que dejarlo al azar.

—Disculpe, señor Jiménez —interrumpió Peter que en realidad se llamaba Pedro, era flaco, alto y aburrido—, no entiendo por qué no le cortamos las dos.

Papá sonrió pero esta vez de verdad.

—Mejor dejemos una para otro día —en este punto sonrió tanto que pensé que se esta-

ba riendo—, ya nos estamos quedando sin partes para cortar —los otros tres también se rieron. Papá tiró una moneda y la miró—. Bueno, Jorgito, anda despidiéndote de tu oreja izquierda.

Entonces, el Gordo, en contra de la insistencia de Carlos, se acercó a Jorge y le apretó la oreja elegida con una pinza, después la estiró y cuando parecía que se iba a salir, agarró el cuchillo que Carlos estaba afilando antes y se la cortó de un golpe haciéndolo parecer más fácil de lo que seguramente era. Jorge gritó pero su voz quedó atrapada bajo la cinta que le cubría la boca. Se le pusieron los ojos rojos y se le humedecieron como si llevase varias horas llorando. Entonces papá se acercó y le empezó a pegar en la cara repetidas veces hasta que Jorge, aparentemente, se desmayó, momento que Peter aprovechó para vendarle la herida. El Gordo guardó el cuchillo, la pinza y los guantes de todos en la valija y se fue para arriba. Carlos y Peter lo siguieron y después Papá se le unió no sin antes hablarle a Jorge por última vez, que no creo que lo haya escuchado.

—En un par de horas te traen de comer.

Me quede escondido ahí donde estaba y no me habría podido mover aunque hubiese querido. Me sentía engañado.

En un segundo me puse a pensar en un montón de cosas, a recordar conversaciones que había tenido con papá, como la vez que nos había llevado a mamá y a mi al parque de diversiones y... No se por qué pero, cuando uno se siente traicionado por alguien, se pone a recordar los momentos buenos que pasó con esa persona, supongo que es la manía que tenemos de amar el sufrimiento, nos gusta llorar y nos encanta ser víctimas. Era casi imperceptible pero, muy por dentro de mi alma, pude sentir cómo mi papá dejaba de ser una figura de amor para convertirse en una persona desagradable. Tal vez parece rápido, pero lo que vi...

Sabía que no podía irme, que ellos estaban arriba jugando al pool y escuchando a Frank Sinatra. Esperé casi dos horas parado en un rincón en la más absoluta oscuridad. El tiempo se había detenido, pude seguir ahí diez horas más y no me habría importado. No puedo explicar lo

que sentía.

Atrapado en esa nebulosa de vergüenza, dolor y desilusión me empecé a contar historias, historias que ya conocía y que creí necesitar revivir para recuperar la noción de la realidad. “¿Te acordas?” me pregunté a mi mismo como si fuera otra persona ajena a mi actual desgracia, “¿Te acordas cuando te enseñó a jugar al pool y te enseñó tan bien que le ganaste dos veces seguidas? Y vos sabes que el no se dejaba ganar.”

Finalmente alguien bajo las escaleras, era Carlos. Después de prender la luz, fue hasta donde estaba Jorge y le soltó una mano, la mano derecha. Le apoyó un plato lleno de sobras de pizza en la rodilla y lo despertó tranquilamente y sin violencia.

—Si querés comer sacáte la cinta y comé que por algo te dejamos los dedos.

Carlos estaba por subir el primer escalón cuando se quedó quieto de repente y supe que me había descubierto. Quise correr a los brazos de papá y pedirle perdón por meterme en donde no debía, pero antes de que pudiera moverme, Carlos ya me había atrapado. Tenía el caño de un revolver frío presionado contra mi cuello y mis brazos doblados atrás de la espalda. De repente apareció papá.

—¡Carlos, soltá a mi hijo!

—Lo vio a Jorge, señor Jiménez, no podemos dejarlo que se vaya sabiendo esto.

—Carlos, soltalo ya.

—No...

—¡Soltalo ya o te mato! —gritó papá a la vez que sacaba su propio revolver del bolsillo.

—¡NO!

Apenas pude escuchar el último *no* de Carlos por sobre el ruido del disparo. La bala le atravesó el ojo (yo sabía que papá tenía buena puntería porque me había llevado a tirar al blanco un montón de veces). Carlos estaba muerto.

Vi a Peter y a el Gordo (que habían bajado a mirar) que subían las escaleras corriendo y supe que jamás los volvería a ver, que habían decidido escapar lo antes posible para evitarse problemas. Entonces, sin pensar, agarré el revolver que seguía enganchado en la mano de

Carlos y lo apunté a la cara de mi papá, que tiró el suyo al suelo y me mostró sus manos para que supiera que no planeaba enfrentarme.

—Apuntá eso para otro lado que no te voy a lastimar, nunca te lastimaría —me dijo y parecía que iba a llorar, aunque sus palabras sonaban dolorosamente estudiadas. No dije nada.

—Por favor —insistió, y por un segundo pude ver a papá, al hombre que recordaba desde antes de esa noche—, dame el arma que te voy a explicar todo.

—Primero explicame, después te la doy.

Parecía preocupado pero juraría que vi un asomo de orgullo en sus ojos cuando me miró la mano temblorosa empuñando el arma.

—¿Querés saber quien es él? —me preguntó señalando a quien, yo ya sabía, se llamaba Jorge.

—Eso y todo lo demás.

—Es Jorge Jiménez...

Repetí el nombre con mis labios y sin voz mientras papá volvía a hablar y decía lo que sabía que iba a decir.

—Mi hermano.

Hubo unos segundos de silencio pero la tensión era ensordecedora en mi mente.

—¿Por qué? ¿Por qué le haces esto a tu hermano?

Papá estaba a punto de llorar.

—Es por venganza. Yo tuve una hermana... *Malena*, y... no creo que quieras escucharlo.

—Papá —le expliqué mientras reforzaba mi puño sobre el arma—, lo que vi esta noche es peor de lo que podía imaginar sobre tus negocios secretos. No me importa lo que creas que yo quiera escuchar, necesito que me digas toda la verdad.

—Jorge mató a su hermana, *mi* hermana, hace veintidós años.

Hubo otros segundos de silencio pero esta vez duraron horas.

—La violó y la mató —concluyó.

—Pero... ¿Por qué?

—Porque estaba loco. Lo llevaron a un hospital después de que la matara y ahí estuvo los últimos veinte años.

—¿Y que hace acá? ¿Por qué lo dejaron salir?

—El no me lo dejó olvidar. De alguna manera había logrado ganarse la amistad de un enfermero que le daba acceso al teléfono, y todos los meses, una vez por mes, me llamaba y no decía nada, solo se reía. Yo sabía que era él y, cuando no lo soporté más, lo saqué del hospital y lo traje acá. Lo quería matar pero un día ella se me apareció y me dijo que lo torture, que lo hiciera pagar. Por eso, desde hace cuatro meses lo hemos mantenido acá. Alimentándolo para que no muera; para que siga sufriendo hasta que yo me sienta satisfecho y ella pudiera por fin descansar en paz.

—Papá...

Papá no dejaba de llorar y no pude evitar sentirme culpable. Nunca lo había visto así. En ese instante se me apareció una foto que había visto en su habitación y me recorrió la mente. Era la foto de una joven que nunca había reconocido, y ahora, por fin, lo sabía. Lo vi llorar y lloré. Tiré el arma hacia atrás, corrí hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas. Giramos sobre nuestros pies y, de repente, como si fuera el sonido que hace un caset al terminar, escuché un disparo cortando la música que sonaba dentro mío. Papá me miró y sus ojos estaban más abiertos que nunca, comenzó a salir sangre de su boca y cayó al suelo agarrando mi ropa. Mi corazón no lo quiso aceptar pero, en ese momento, supe que papá había muerto. Jorge sostenía el arma de Carlos en su mano derecha y la apuntaba hacia mí. No me acuerdo de haber escuchado el segundo disparo pero recuerdo su sonrisa, una sonrisa que se distinguía claramente por sobre la cinta que le seguía tapando la boca...

—Hola, hola... ¿Estás despierto?

Mamá estaba frente a mí y, después de mirar hacia todos lados, descubrí que estaba acostado en la cama de un hospital. Tenía una venda gruesa sobre mi pecho.

—El doctor dice que ya deberías estar bien. Te sacaron la bala y... no te preocupes. Si querés seguir durmiendo, seguí durmiendo.

Quise hablar, quise preguntar por papá

pero no pude articular sonido alguno.

—Seguí durmiendo, vos no te preocupes.

Durante esa semana mamá me explicó lo que había pasado, o lo que ella creía que había pasado.

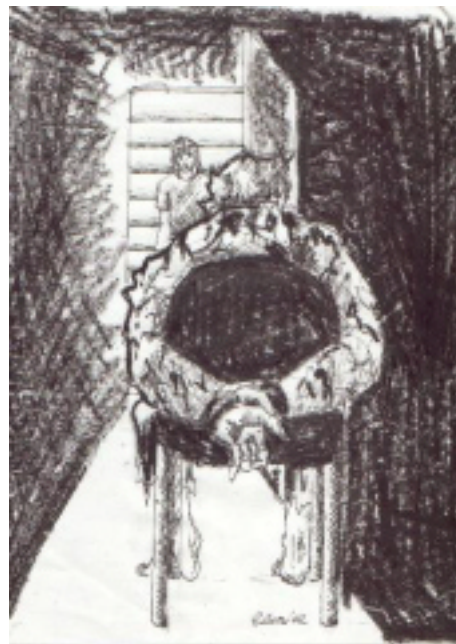
—Papá te salvó la vida —dijo casi llorando— recibió el disparo de Carlos y después lo mató. Cuando llegué él también estaba muerto, pero vi su cara, su gesto, y supe que te había salvado, que se había arrepentido de todo.

Yo no dije nada.

Volví a casa unas semanas más tarde. La casa chica había sido derribada y no quedaba más que un jardín en su lugar. Mamá me dijo que ni Peter ni el Gordo habían aparecido y que no creía que lo fueran a hacer.

Noté que la foto de la hermana de papá ya no estaba. No pregunté.

Pasaron los meses y después los años, y



la posibilidad de ser feliz nuevamente había comenzado a cruzarse tímidamente por el horizonte, hasta que una tarde, todo terminó. Llovía mucho. Mamá me habló por teléfono desde dentro de la casa a mi habitación.

—Me dijo que no te diga nada —susurró—, pero tengo una sorpresa para vos. Alguien vino a visitarnos; ahora está en el baño. Baja dentro

de media hora.

—¿Quién es?

—Está muy contento de estar acá y se muere de ganas de conocerte.

—Pero... ¿Quién es?

La comunicación se cortó. Esperé quince minutos y cuando entendí, o creí entender, me sentí un idiota y baje a la sala corriendo. Vi a mamá sentada en el sillón y detrás de ella un hombre que no reconocí. Estaba de espaldas, y cuando mamá nos presentó, se dio vuelta. Era él, Jorge, o como mamá dijo *el tío Jorge*. Sus heridas estaban curadas y una venda cubría el agujero de su oreja izquierda. Vi su sonrisa nuevamente, esa sonrisa que no había olvidado, y vi como, mientras mamá le daba la espalda para

mirarme y ver qué impresión me causaba la sorpresa, Jorge levantaba un arma y la apuntaba a su cabeza.

No se quién murió primero. Fue casi simultáneo. La cabeza de mamá explotando de sangre sin dejar de sonreír, y los brazos celestiales de aquella joven que, justo después del disparo, le quebró el cuello a Jorge de un tirón para luego sonreírme y desaparecer; la misma joven del retrato que encontré caído detrás de la mesita de luz de mamá y papá y que ahora guardo sobre la mía.

FIN

16/8/2002

Introducción al Autor:

Hace algunos años que empecé a escribir. Mi madre es licenciada en letras y me ayudó con ejercicios a perfeccionar mi técnica (que por supuesto nunca deja de crecer porque en el arte no existe la perfección). No tengo estudios especiales aparte de la primaria y secundaria. Entre mis influencias puedo contar a Isaac Asimov, Julio Cortázar, Theodore Sturgeon, Lovecraft, Poe, Arthur Clarke, Arthur Machen entre otros...

Gracias. Gastón Farro 16-8-2002

Foros

<http://members.lycos.co.uk/mcagliani/foro/viewforum.php?f=12>

Tres Vías

por Sergio Bayona

—Perro. Ese es el nombre, eso es lo que's, ¿pa' que viá decirle de otra forma si ya Tata Dios lo yamó ansina?

Así sentenció don Ricardo, viejo pescador del Paraná cuando lo «pezcó» al cuzquito del agua leonada.

Ahora son inseparables.

Los dos comen lo mismo, «lo que'l río da, lo que'l monte deja».

Perro sólo se alimenta de la mano del Hombre. El Hombre se alimenta sólo de sus esfuerzos.

Esa es la razón de las mejillas hundidas, del cabello tempranamente canoso, duro y opaco. Del «costiyar» visible en ambos.

La lengua roja, eternamente húmeda de Perro, sube y baja al ritmo interminable del jadeo animal.

Por primera vez en varios días su cabeza erigida, alerta al ir y venir de don Ricardo, denota algún interés. Hoy hay pesca. Después de cinco días el Hombre deja su rancho.

Ojos vidriosos, pasos más lentos que de costumbre, manos inseguras. Son tristes testimonios de la fiebre que aún persiste.

Un torpe vendaje apresurado, oscuro de sangre seca, oculta el lugar donde deberían estar los dos últimos dedos de la mano izquierda.

Cinco días antes, al pasar por entre los pajonales, en Tres Vías, una víbora, veloz como el rayo se prendió de su mano, inundándola de veneno y dolor. Don Ricardo, igual de veloz, cercenó con su machete de un solo tajo serpiente y mano, sabedor que ese era el único remedio allí en medio de la isla. Con un resto sucio de tela envolvió su mano y se arrastró hasta el rancho. Allí le peleó a la muerte. Como peleó día a día con la vida.

Al fin la fiebre cesó, los fantasmas se fueron. La voluntad de toda la vida lo empujó a

levantarse, a buscar algo para comer.

Perro ensaya un desvaído saludo con su cola y se echa a sus pies cuando el Hombre se prepara para salir.

Unas pocas lombrices en una lata abollada, los últimos anzuelos oxidados y una línea vieja y retorcida como las venas de sus brazos flacos. Prepara todo sin un quejido, pero con el dolor en su ceño.

Al fin puede poner todo en el fondo del bote.

Perro salta dentro y se ubica en su lugar, en la proa.

Con un brazo dolorido, don Ricardo empuja mal los remos y la corriente lo lleva allí donde no quiere ir. Tras mucho luchar llega a Tres Vías. Con torpe esfuerzo comienza a arrojar su pobre carnada.

—Es cuestión de sacar algo pa' ganar juerza nomá. Otro día sin comer y no lo pasamo'. ¿No' cierto, mi Amigo?

Perro está pendiente del hilo que se hunde en el agua marrón.

De vez en cuando don Ricardo mete su mano



sana en el agua y se moja la blanca cabeza.

El color de su piel se confunde con el del agua. El río le prestó sus tonos y se adueñó a cambio de su sangre y sus esperanzas.

La luz danza en el agua que corre y se lleva lejos los pensamientos de don Ricardo, como se llevó hace rato a su mujer y sus hijos.

Un brusco tirón en la línea, un agudo dolor quemante en sus dedos sanos y la sangre vuelve a surgir roja y caliente. Don Ricardo se pone alerta.

Perro comienza a ladrar atento al río.

La superficie parece explotar en un concierto de espuma oro y plata.

—¡Un doráu! —grita don Ricardo—. ¡Y es grande'l disgraciau!

Se afirma en el bote rogando a Dios «que'l hilo aguante, que'l anzuelo sea juerte, que'l...»

Un nuevo salto y de golpe el peso al otro lado del hilo ya no existe. La sorpresa, la debilidad, los años, la desdicha, la pena, empujaron a don Ricardo.

Pierde pie. El bote se vuelca bajo sus pies in-

seguros. Hombre y animal caen al agua.

Un fuerte dolor en la cabeza, luces, oscuridad, sofocación y luego nada.

Una voz lo llama a don Ricardo. Son varias voces que hace años no oye. ¿Su mujer? ¿Sus hijos?

Don Ricardo yace en el banco de arena. El río lame blandamente sus pies descalzos. Sus ojos abiertos no ven la bandada de patos cruzando el cielo, bajo el techo de nubes.

Perro siempre está a su lado, olfatea su rostro, recorre su cuerpo. Lame su mano, salada de sudor y sangre. Lo hace una y otra vez.

El frío del río, el frío del aire, el frío de la noche lo encuentran allí, alimentándose de la mano de su amo.

Arriba en la noche, la luna corta el luto del cielo con su sonrisa blanca y helada.

Los ruidos del monte callan. El río detiene su marcha un instante. De costa a costa el aullido de Perro despide a su amo.

FIN

Bases para la publicación de cuentos en Golwen

- 1- Se debe entregar el cuento por mail a mcagliani@sinectis.com.ar
- 2- El cuerpo del mail debe contener el nombre del autor, nombre o seudónimo con el cual quiere aparecer, dirección de mail, y los datos que el autor crea conveniente.
- 3- El formato del cuento debe ser: Preferentemente no más de 4000 palabras. Archivo en formato doc o rtf. El texto deberá presentar sangría en todos sus párrafos. Es imprescindible que se presente el original corregido ortográficamente. Al final de la historia se deberá poner la palabra FIN y la fecha en que fue remitido. Esto es imprescindible para el autor ya que es una prueba de su autoría.
- 4- Escribir en no más de cuatro líneas una breve biografía del autor, trabajos publicados si los tiene, estudios e intereses.

Wood'stown

por *Alphonse Daudet*

El emplazamiento era soberbio para construir una ciudad. Bastaba nivelar la ribera del río, cortando una parte del bosque, del inmenso bosque virgen enraizado allí desde el nacimiento del mundo. Entonces, rodeada por colinas, la ciudad descendería hasta los muelles de un puerto magnífico, establecido en la desembocadura del Río Rojo, sólo a cuatro millas del mar.

En cuanto al gobierno de Washington acordó la concesión, carpinteros y leñadores se pusieron a la obra; pero nunca habían visto un bosque parecido.

Metido en el centro de todas las lianas, de todas las raíces, cuando talaban por un lado renacía por el otro rejuveneciendo de sus heridas, en las que cada golpe de hacha hacía brotar botones verdes. Las calles, las plazas de la ciudad, apenas trazadas, comenzaron a ser invadidas por la vegetación.

Las murallas crecían con menos rapidez que los árboles, que en cuanto se erguían, se desmoronaban bajo el esfuerzo de raíces siempre vivas.

Para terminar con esas resistencias donde se enmohecía el hierro de las sierras y de las hachas, se vieron obligados a recurrir al fuego. Día y noche una humareda sofocante llenaba el espesor de los matorrales, en tanto que los grandes árboles de arriba ardían como cirios. El bosque intentaba luchar aún demorando el incendio con oleadas de savia y con la fresca sin aire de su follaje apretado. Finalmente llegó el invierno. La nieve se abatió como una segunda muerte sobre los inmensos terrenos cubiertos de troncos ennegrecidos, de raíces consumidas. Ya se podía construir.

Muy pronto una ciudad inmensa, toda de madera como Chicago, se extendió en las riberas del Río Rojo, con sus largas calles alineadas, numeradas, abriéndose alrededor de las plazas, la Bolsa, los mercados, las iglesias, las escuelas y todo un despliegue marítimo de galpones de

aduanas, de muelles, de entrepuertos, de astilleros para la construcción de los barcos.

La ciudad de madera, Wood'stown -como se la llamó- fue rápidamente poblada por los secadores de yeso de las ciudades nuevas. Una actividad febril circulaba en todos los barrios; pero sobre las colinas de los alrededores, que dominaban las calles repletas de gente y el puerto lleno de barcos, una masa sombría y amenazadora se instaló en semicírculo. Era el bosque que miraba.

Miraba aquella ciudad insolente que había ocupado su lugar en las riberas del río, y de tres mil árboles gigantescos. Toda Wood'stown estaba hecha con su vida misma. Los altos mástiles que se balanceaban en el puerto, aquellos innumerables desniveles uno tras otro, hasta la última cabaña del barrio más alejado, todo se lo debían, tanto los instrumentos de trabajo como los muebles, tomando sólo en cuenta el largo de sus ramas. Por esto,iqué rencor terrible guardaba contra esta ciudad de ladrones!

Mientras duró el invierno, no se notó nada. Los habitantes de Wood'stown oían a veces un crujido sordo en sus techumbres y en sus muebles. De vez en cuando una muralla se rajaba, un mostrador de tienda estallaba en dos estruendos. Pero la madera nueva padece estos accidentes y nadie les daba importancia. Sin embargo, al acercarse la primavera -una primavera súbita, violenta, tan rica de savia que se sentía bajo la tierra como el rumor de las fuentes- el suelo comenzó a agitarse, levantado por fuerzas invisibles y activas. En cada casa, los muebles, las paredes de los muros se hinchaban y se veía en los tablones del piso largas elevaciones, como ante el paso de un topo. Ni puertas, ni ventanas, ni nada funcionaba. «Es la humedad -decían los habitantes- con el calor pasará».

De pronto, al día siguiente de una gran tempestad que provenía del mar, y que trajo el verano con sus claridades ardientes y su lluvia tibia,

la ciudad, al despertar, lanzó un grito de estupor. Los techos rojos de los monumentos públicos, las campanas de las iglesias, los tablonces de las casas y hasta la madera de las camas, todo estaba empapado en una tinta verde, delgada como una capa de moho, leve como un encaje. De cerca parecía una cantidad de brotes microscópicos, donde ya se veía el enroscamiento de las hojas. Esta nueva rareza divirtió sin inquietar más; pero, antes de la noche, ramitas verdes se abrieron en todas partes sobre los muebles, sobre las murallas. Las ramas crecían a ojos vistas; si uno las sostenía un momento en la mano, se las sentía crecer y agitarse como alas.

Al día siguiente todas las viviendas parecían invernaderos. Las lianas invadían las rampas de las escaleras. En las calles estrechas, las ramas se enlazaban de un techo al otro, poniendo por encima de la ruidosa ciudad la sombra de avenidas arboladas. Esto se volvió inquietante. Mientras los sabios reunidos discutían sobre este caso de vegetación extraordinaria, la muchedumbre salía fuera para ver los diferentes aspectos del milagro. Los gritos de sorpresa, el rumor sorprendido de todo aquel pueblo inactivo daba solemnidad al extraño acontecimiento. De pronto alguien gritó: « ¡Miren el bosque!» y percibieron, con terror, que desde hacia dos días, el semicírculo verde se había acercado mucho. El bosque parecía descender hacia la ciudad.

Toda una vanguardia de espinos, de lianas se extendían hasta las primeras casas de los suburbios.

Entonces Wood'stown empezó a comprender y a sentir miedo. Evidentemente el bosque venía a reconquistar su lugar junto al río; sus árboles, abatidos, dispersos, transformados, se liberaban para adelantárselo. ¿Cómo resistir la invasión? Con el fuego se corría el riesgo de incendiar la ciudad entera. ¿Y qué podían las hachas contra esta savia sin cesar renaciente, esas raíces monstruosas que atacaban por debajo del suelo, esos millares de semillas volantes que germinaban al quebrarse y hacían brotar un árbol donde quiera que cayeran? Sin embargo todos se pusieron bravamente a luchar con las

hoces, las sierras, los rastrillos: se hizo una inmensa matanza de hojas. Pero fue en vano. De hora en hora la confusión de los bosques vírgenes, donde el entrelazamiento de las lianas creaban formas gigantescas, invadía las calles de Wood'stown. Ya irrumpían los insectos y los reptiles. Había nidos en todos los rincones, golpes de alas y masas de pequeños picos agresivos. En una noche los graneros de la ciudad fueron totalmente vaciados por las nidadas nuevas. Después, como una ironía en medio del desastre, mariposas de todos los tamaños y colores volaron sobre las viñas florecidas, y las abejas previsoras y buscando abrigos seguros, en los huecos de los árboles tan rápidamente crecidos instalaron sus colmenas, como una demostración de permanencia y conquista.

Vagamente, en el gemido rumoroso del follaje se oían golpes sordos de sierras y de hachas; pero el cuarto día se reconoció que todo trabajo era imposible. La hierba crecía demasiado alta, demasiado espesa. Lianas trepadoras se enroscaban en los brazos de los leñadores y agarrotaban sus movimientos. Por otra parte, las casas se volvieron inhabitables; los muebles, cargados de hojas, habían perdido la forma. Los techos se hundieron perforados por las lanzas de las yucas, los largos espinos de la caoba; y en lugar de techumbres se instaló la cúpula inmensa de las catalpas. Era el fin. Había que huir.

A través del apretujamiento de plantas y de ramas que avanzaba cada vez más, los habitantes de Wood'stown, espantados, se precipitaron hacia el río, arrastrando en su huida lo que podían de sus riquezas y objetos preciosos.

¡Pero cuántas dificultades para llegar al borde del agua! Ya no quedaban muelles. Nada más que musgos gigantescos. Los astilleros marítimos, donde se guardaban las maderas para la construcción, habían dejado lugar a bosques de pinos; y en el puerto, lleno de flores, los barcos nuevos parecían islas de verdor. Por suerte se encontraban allí algunas fragatas blindadas en las que se refugió la muchedumbre desde donde pudieron ver al viejo bosque unirse victorioso con el bosque joven.

Poco a poco los árboles confundieron sus

copas y bajo el cielo azul resplandeciente de sol, la enorme masa del follaje se extendió desde el borde del río hasta el lejano horizonte. Ni rastro quedó de la ciudad, ni de techos, ni de muros. A veces un ruido sordo de algo que se desmoronaba, último eco de las ruinas, donde se oía el golpe de hacha de un leñador enfurecido, retumbaba en las profundidades del follaje. Sola-

mente el silencio vibrante, rumoroso, zumbante de nubes de mariposas blancas giraban sobre la ribera desierta, y lejos, hacia alta mar, un barco que huía, con tres grandes árboles verdes erguidos en medio de sus velas, llevaba los últimos emigrantes de lo que fue Wood'stown.

FIN

Introducción al Autor:

Escritor francés (Nîmes, 13-05-1840 - París, 16-12-1897) Frecuentó en París los círculos literarios y ejerció como periodista y dramaturgo: *El último ídolo* (1862). Célebre por sus *Cartas desde mi molino* (1866), la novela semiautobiográfica *Poquita cosa* (1868), y *Tartarín de Tarascón* (1872), la más importante de sus obras. Figura importante dentro del naturalismo, que retrató con su ironía y su humor reflexivo la burguesía y los ambientes intelectuales de París: *Cuentos del lunes* (1873), *Los reyes del destierro* (1877), *El Nabab* (1877). Escribió dos libros de memorias: *Recuerdos de un hombre de letras* y *Treinta años de París*.

La Sierra de La Plata y el Rey Blanco

por *Martin Cagliani*

Los guaraníes de la costa brasileña contaban que muy al occidente estaba la riquísima tierra de los caracaraes, domino del gran Rey Blanco, en la cual había una gran sierra de plata, no rica en plata sino maciza de plata, ríos de oro y maravillas indecibles.

Entrando por el río de la Plata se podían cargar los barcos de oro y de plata, por más grandes que fueran. Los súbditos del Rey Blanco llevaban coronas de plata en la cabeza y planchas de oro colgadas al cuello.

Muchos exploradores españoles fueron deslumbrados por las constantes noticias que daban los indios de la Sierra de la Plata y del imperio grandioso que se hallaba hacia el occidente ignoto, custodiado por un gran dragón invencible. Este dragón bien lo podría representar la impenetrable selva del gran Chaco, que como veremos, fue finalmente vencido.

Origen

Los Incas emanaron una irradiación de esplendor y riqueza por toda América del sur; en tiempos anteriores a la conquista española.

Los guaraníes realizaron grandes migraciones hacia las tierras incaicas del Perú con animo de conquista, pero fueron rechazados. Algunos, a su regreso, se establecieron en el gran Chaco y en las tierras paraguayas. Estos llegando hasta las costas del Brasil se encargarían de divulgar la fama de la Sierra de la Plata; de las ricas minas de Charcas. No era sino la noticia cierta, pero deformada por el reflejo incaico, y mal medida en su distancia, del cerro Saigpulum, después descubierto y llamado Potosí por los españoles.

Primera búsqueda

Corría el año 1516, y tres naves volvían a España por el río Paranáguazú tras haber descu-

bierto este inmenso río al que Juan Díaz de Solís llamó Mar Dulce. Los huesos del gran capitán quedaron junto con los de varios compañeros, en estas playas, luego de una matanza seguida de un ritual antropofágico y de la cual sólo se salvó, de todo el grupo de desembarco, el grumete Francisco del Puerto.

Luego, la pequeña flota pasó sin su almirante junto a la isla Yurú-minrín que más tarde Sebastian Caboto bautizaría con el nombre de Santa Catalina, en la costa del Brasil. Una de las carabelas, retrasada, naufragó en el puerto de los Patos, la costa frente a la isla, quedando ahí abandonados 18 tripulantes.

Estos náufragos se enteraron de la historia de la Sierra de la Plata. Uno de los que escucharon las historias de los guaraníes, Alejo García, decidió realizar una expedición en su busca. Hay que aclarar que estos españoles eran náufragos en tierra indígena, y que estaban a casi dos mil kilómetros de Potosí. El audaz Alejo García, seguido por cuatro de sus compañeros, logró alistar a varios cientos de guaraníes, algo que no le costó mucho, ya que estos realizaban migraciones cada determinados años hacia esa zona. La expedición cruzó las extensas selvas brasileñas y logró llegar a las cierras de Potosí, la ansiada Sierra de la Plata. Corrieron muchos peligros y guerrearon contra numerosos indígenas a su paso. A la vuelta de esta arriesgada expedición, cargado de oro y de plata, fue atacado por indígenas, resultando muerto él y su expedición desecha. Sólo algunos guaraníes y un hijo (americano) de Alejo García lograron regresar al Puerto los Patos, donde estaban los demás náufragos, a quienes les contaron las maravillosas historias, que luego recorrerían la costa brasilera, sobre las inmensas riquezas y la muerte de sus compatriotas. Se cree que esta expedición ocurrió no mucho antes de la llegada de Caboto al Río

de la Plata, hacia 1525.

La codicia

Las noticias de la Sierra de la Plata corrían por la costa del Brasil, desde Pernambuco hasta el Río de la Plata; el cual obtiene su nombre por ser la vía más rápida hacia la famosa sierra, y no porque hubiera plata en sus costas.

Estas noticias habían llegado a España en las naves de Solís; del portugués Cristóbal Jacques, que se encontró con el grumete Francisco del Puerto (sobreviviente de la matanza de Solís) en el Río de la Plata, antes que Caboto; de Rodrigo de Acuña; y de aquel castellano que en 1521 habló con nueve naufragos de Santa Catalina y subió por el Río de la Plata y buen trecho. Estas noticias y los rumores sobre el imperio incaico, se habían extendido por la costa brasilera hasta la boca del inmenso río de Solís. Y habían llegado hasta España, «clavándose como una obsesión en la mente de Sebastián Caboto.»

Caboto firma con el rey de España una capitulación para ir a las islas Molucas (en el sudeste asiático) Llega a la costa del Brasil el 3 de junio de 1526; fondean en Pernambuco, una factoría portuguesa. Durante su larga estancia en Pernambuco, Caboto decidió, si no lo había hecho en España, la exploración del río descubierta por Solís. En este lugar obtuvo información de la existencia de grandes cantidades de metales preciosos.

Anoticiado de la existencia de los naufragos de Solís, los recogió en su camino al Río de la Plata. Sólo quedaban dos, Enrique Montes y Melchor Ramírez, los cuales exageraron sobremanera las riquezas que existían en la zona del Plata.

¿Un río con plata?

En el Río de la Plata sólo encontraron hambre y desastres. Con las mismas riquezas se encontró Diego García de Moguer (ex integrante de la expedición de Solís), quien al igual que Caboto, había conseguido la capitulación para ir a las Molucas, y la violaba igual que aquel, para explorar el Río de la Plata, atraído por las riquezas de la famosa sierra. Caboto y García regre-

saron a España sin poder encontrar nada, solo llevaron consigo más leyendas que atraerían a más españoles al Río de la Plata.

Todas las noticias que llegaban del Perú y de la todavía esquivada Sierra de la Plata, prepararon la armada de Don Pedro de Mendoza, la cual se izo a la vela con más de dos mil hombres para defender la Raya de Tordesillas contra los avances de los portugueses, que por el Brasil pretendían alcanzar las minas peruanas.

El final de la leyenda

Mucho fue el hambre que se paso luego de la fundación de Buenos Aires en 1536. Juan de Ayolas, decidido a llegar a la Sierra de la Plata, se lanzó aguas arriba del Paraná. Poco más tarde salió Juan de Salazar de Espinoza, llevando una ayuda que no pudo llegar a tiempo. Entre tanto Mendoza, atormentado por su sífilis, regresaba a España.

Desde el alto Paraguay, Ayolas cruzó el Chaco, dejando en un puerto a Martínez de Irala con treinta y tres hombres. Luego de muchos contratiempos llegó a las minas de Charcas y, al igual que Alejo García, años antes, cargó todo el oro y plata que podía. Sus hombres estaban muy debilitados y eran pocos, esto decidió a los indígenas que los acompañaban a rebelarse y matarlos a palos estando muy cerca de la meta, como rebelarían algunos «indios amigos».

Mientras Salazar fundaba la actual Asunción del Paraguay.

Irala llegaría hasta las mismas puertas del Perú, dándose cuenta de que hacía rato que otros españoles dominaban esas tierras. El mito de la Sierra de la Plata de diluía en el olvido.

Para saber más

Domínguez, Manuel. "El alma de la raza".

Fernández de Castillejo, Federico. "La ilusión de la conquista".

Fitte, Ernesto. "Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata".

Gandía, Enrique. "Historia crítica de los mitos de la conquista de América".

Rubio, Julián María. "Exploración y conquista del Río de la Plata".

autores consagrados

Charles Baudelaire

Charles de Baudelaire nació en París en 1821. Como alumno interno, es un muchacho cínico, singular y que experimenta 'pesadas melancolías'. Tiene una juventud difícil y atormentada; después se embarca rumbo a las Indias; a su regreso se consagra a la literatura. Lleva una vida miserable, inmoral y muere paralizado en 1867. Algunos de sus libros más famosos de este "Poeta Maldito" son "Las Flores del Mal" y "Una temporada en el infierno". Es precursor de los simbolistas.

Aquí les presentamos dos trabajos, uno de ellos en prosa.

Spleen

Cuando el cielo bajo y grávido pesa como una losa
Sobre el gimiente espíritu presa de largos tedios,
Y el horizonte abarcando todo el círculo
Nos depara un día negro más triste que las noches;
Cuando la tierra se ha convertido en un húmedo calabozo,
Donde la Esperanza, como un murciélago,
Se va dando golpes contra las paredes con sus tímidas alas
Y chocando la cabeza con los techos podridos;
Cuando la lluvia esparciendo sus inmensos regueros
Imita los barrotes de una vasta prisión
Y un pueblo mudo de infames arañas
Viene a tender sus trampas en el fondo de nuestros cerebros,
Unas campanas empiezan de pronto a tocar furiosamente
Y lanzan al cielo un aullido espantoso,
Como los espíritus errantes y sin patria
Que se ponen a gemir con porfía.

El Crepúsculo de la Tarde

De Spleen de París

Cae la tarde. Un gran apaciguamiento se produce en los pobres espíritus fatigados por la labor de la jornada, y sus pensamientos toman ahora los colores tiernos e indecisos del crepúsculo.

No obstante, desde lo alto de la montaña, a través de los transparentes vapores de la tarde, llega hasta mi balcón un gran aullido compuesto por una cantidad de gritos discordantes, que el espacio transforma en una lúgubre armonía como la de la marca creciente o la de la tempestad que se despierta.

¿Quiénes son los infortunados a los que la tarde no calma y que, como los búhos, toman la venida de la noche por la señal del aquelarre? Este siniestro ulular nos llega del negro hospicio posado en la montaña; y por la tarde, mientras fumo

y contemplo el reposo del inmenso valle donde cada ventana dice: «Aquí reina la paz; aquí se gozan las dichas familiares», puedo yo, cuando el viento sopla de ese lado, mecer mi pensamiento atónito en esa imitación de las armonías del infierno.

El crepúsculo excita a los locos. Me acuerdo de haber tenido dos amigos a quienes el crepúsculo enfermaba. Uno olvidaba entonces todas las relaciones de amistad y cortesía, y maltrataba como un salvaje a cualquiera que se le acercara. Yo lo vi arrojar a la cabeza de un maître d' hôtel un pollo excelente, en el que creía encontrar no sé qué insultante jeroglífico. La tarde, precursora de las voluptuosidades profundas, le estropeaba las cosas más suculentas.

El otro, un ambicioso fracasado, volvía, a me-

dida que la luz menguaba, más agrio, más sombrío, más incómodo. Indulgente y sociable aun durante el día, era implacable al atardecer, pues su manía crepuscular se manifestaba rabiosamente no sólo a expensas de los demás, sino también a expensas de sí mismo.

El primero murió loco, incapaz de reconocer a su mujer y a su hijo; el segundo lleva dentro de sí la inquietud de un malestar perpetuo y, aunque se viera gratificado con todos los honores que pueden conferir las repúblicas y los príncipes, creo que el crepúsculo seguiría encendiendo en él la quemante codicia de imaginarias distinciones. La noche, que insuflaba sus tinieblas dentro de aquel espíritu, ilumina el mío, y aunque no sea raro ver que la misma causa engendra dos efectos contrarios, esto me intriga siempre y despierta en mí algo como una alarma.

¡Oh, noche! ¡Oh refrescantes tinieblas! ¡Ustedes son para mí la señal de una fiesta íntima, Ustedes son la liberación de la angustia! ¡En la soledad de las llanuras, en los laberintos pétreos de una capital, centelleo de estrellas, explosión de

reverberos, son los fuegos artificiales de la diosa Libertad!

¡Crepúsculo, qué dulce y tierno eres! Las rosadas lumbres que perduran en el horizonte como la agonía del día bajo la opresión victoriosa de su noche, las luces de los candelabros que manchan con un rojo opaco las postreras glorias del poniente, las pesadas colgaduras que una mano invisible corre desde las profundidades del oriente, imitan todos los complicados sentimientos que se disputan el alma del hombre en las horas solemnes de la vida.

También se las podría comparar con esos extraños trajes de bailarina, en los que una gasa transparente y sombría deja entrever los amortiguados esplendores de una falda rutilante, como bajo el negro presente se trasluce el delicioso pasado; y las vacilantes estrellas de oro y plata que la realzan, representan los fuegos de la fantasía que sólo arden bien bajo el profundo luto de la Noche.

FIN

autores noveles

Un ocaso más

Susana Duré

He salido a caminar, en esta tarde de otoño. A embriagarme de las rojizas luces del ocaso, allá en el horizonte.

El viento empuja suavemente mi paso vagabundo, agitando mis cabellos. El crepúsculo palpita en el pecho de la ciudad, con misteriosa cadencia. Y en medio del paisaje, brota tu recuerdo.

Me detengo en la plaza, y al sentarme en un banco gastado, dejo que me invadas por completo.

Cierro los ojos y escucho las risas de los niños y el susurro de las altas copas de los álamos.

Desearía que estuvieras aquí, conmigo. Tomarte de la mano, perderme en el lago profundo de tus ojos.

Dirigir la mirada hacia el límpido celeste del cie-

lo, y dejarme abrasar por tu voz de leña ardiente.

La plaza parece sonreír mansamente, con su bullicio de niños que juegan, de jóvenes que se acarician, de música suave y globos de colores. Un suspiro escapa de mí, al tiempo que mis ojos se abren, contemplando el cuadro viviente de la tarde. Mi mente me sugiere un par de títulos: "Naturaleza viva". "Remembranza."

Cierro de nuevo los ojos y evoco tu recuerdo. De pronto, me invade tu suave perfume reptando en mis sentidos, y sacude cada centímetro de mi piel... Bruscamente, siento frío, y ganas de sumergirme en tu mirada serena.

Creo sentir la caricia de tus manos, que me recorre de pies a cabeza, examinando cada reco-

do, entibiándome, protegiéndome, cautivándome... Despertando el deseo aletargado, brumoso y escondido.

Me despiertas, rozando mis labios con tu boca, me hipnotizas, deslizando tu mano en mi cabello. Me desnudas, acariciando mi piel con tu mirada.

Y una vez más descubro que te amo, que anhelo tu presencia, que extraño tu perfume.

Pero no estás...

Quizá pienses en mí, alguna de estas tardes, como yo pienso en ti.

Jamás imaginé que un amor prohibido llegaría a tocar nuestras puertas con tanta desesperación.

Con tanta furia; y un deseo tan profundo como el fondo del mar...

Tenerte frente a mí y no poder besarte, ni deslizar una caricia por tu rostro. Saber que tu mano se detendrá antes de alcanzar la mía, ahogándonos al tratar de contener el volcán que desborda, ardiente e inquieto. Invitante y oscuro. Impostergable.

Buceando en estos pensamientos, levanto la vista y te veo pasar a mi lado, caminando, tomando otra mano, que aferra la tuya suavemente.

Y fugazmente tus ojos se miran en los míos. Puedo ver en ellos la misma tristeza de mi alma.

El otoño cobrizo arrulla los últimos instantes de la tarde. Emprendo el regreso. Los árboles a cada lado de la calle ondeaban incansables murmurando tu nombre.

amigos de golwen

Boletín de Poesía y Literatura de Marcelo Dos Santos

Aquí encontrará las voces nuevas y también las consagradas.

Suscríbese gratuitamente enviando un mail en blanco a: marcelodossantos-subscribe@gruposyaho.com.ar

La página web es: www.marcelodossantos.com.ar

Hay datos, artículos y narrativa para bajarse...

Asociación Tolkien Argentina

<http://www.tolkien.org.ar>

La Asociación Tolkien Argentina (ATA) está integrada por entusiastas de la obra de J.R.R. Tolkien, que nos propusimos crear un espacio para compartir nuestra afición por este autor, para ayudarnos mutuamente a gustarlo, comprenderlo y difundirlo.

La ATA fue creada hace casi seis años por un pequeño grupo de gente, llegando a publicar un Mathoms (revista de la entidad) por año. No obstante, a partir de febrero de 1999, la asociación comenzó a difundirse y convocó de a poco a más y más gente. Esto requirió, por supuesto, un nuevo tipo de organización y un ordenamiento administrativo que encaminó a la ATA hacia un lugar de más difusión.

Entre las actividades que desarrollamos se cuenta la publicación cuatrimestral de un boletín, Mathoms, con textos y dibujos referidos al mundo de Tolkien. Este boletín está dedicado a ensayos, artículos y textos referidos a la obra de Tolkien, por lo que poco aparece sobre asuntos administrativos de nuestra Asociación. Para ello se está creando un boletín de carácter puramente organizativo, que será enviado por e-mail o correo convencional a todos los socios, para que puedan enterarse de los eventos realizados y a realizarse, las decisiones de la Compañía (la Comisión Directiva), o cualquier tipo de noticias del tolkienismo en general.

Blush [FiatLux] Revista digital de cultura y humanidades.

Dirigida por: Lic. Cintia Vanesa Días (Solcito)

Subscripción gratuita. Enviar mail a larevista@turemanso.com.ar

Visítala On line en: <http://www.larevista.turemanso.com.ar>